

El cuentista clásico

Una corista

Antón Chéjov

Cierto día, cuando ella era más joven y hermosa y tenía mejor voz, se encontraba en el entre-suelo de su casa de campo con Nikolái Petróvich Kolpakov, su amante. El calor era insufrible, no se podía respirar. Kolpakov acababa de comer, había bebido una botella de mal vino y se sentía malhumorado y destemplado. Los dos estaban aburridos y esperaban a que el calor cediese para salir a pasear.

Inesperadamente, llamaron a la puerta. Kolpakov, que se encontraba sin levita y en zapatillas, se puso en pie y miró interrogativamente a Pasha.

—Será el cartero o alguna amiga —dijo la cantante.

Kolpakov no sentía reparo alguno en presentarse así ante las amigas de Pasha o ante el cartero. Pero, por si acaso, se retiró con su copa a la habitación vecina. Pasha acudió a abrir. Con gran asombro de ella,



vio a una mujer desconocida, joven, hermosa, bien vestida y que, a juzgar por todas las apariencias, pertenecía a la clase de las honradas. La desconocida estaba pálida y respiraba con trabajo, como si acabase de subir una alta escalera.

—¿Qué desea? —preguntó Pasha.

La señora no respondió. Dio un paso adelante, miró despacio la habitación y se sentó como si se hallara cansada o indispuesta. Luego movió largo rato sus descoloridos labios, tratando de decir algo.

—¿Está mi marido aquí? —preguntó por fin, levantando hacia Pasha sus grandes ojos, con los párpados rojos de llanto.

—¿Qué marido? —balbució Pasha, que sintió cómo del susto se le enfriaban los pies y las manos—. ¿Qué marido? —repitió, comenzando a temblar.

—El mío... Nikolái Petróvich Kolpakov.

—No... No, señora... Yo..., yo no conozco a ningún marido de nadie.

Hubo unos instantes de silencio. La desconocida se pasó varias veces el pañuelo por los pálidos labios y, para vencer el temblor interno, contuvo la respiración. Pasha se encontraba ante ella inmóvil, atónita, y la miraba perpleja y asustada.

—¿Así que no está aquí? —preguntó la señora con una voz que ya era firme y sonriendo forzosamente.

—Yo..., yo no sé por quién pregunta.

—Es usted una mujer infame, miserable, despreciable... —siguió la desconocida, que miró a Pasha con odio y repugnancia—. Sí, sí..., es usted una infame. Celebro mucho, muchísimo, que por fin haya podido decírselo.



—¿Dónde está mi marido?

—siguió la dama—.

Aunque me da lo mismo que esté aquí o no. Sin embargo, debo decirle que se ha descubierto un desfalco y que están buscando a Nikolái Petróvich... Lo quieren detener.

Pasha sintió que para esta dama, vestida de negro, de ojos coléricos y dedos blancos y finos, ella era algo ruin e infame; y tuvo vergüenza de sus mejillas regordetas y rojas, de sus hoyuelos de la nariz y de los ricitos de la frente, que jamás obedecían al peine. Imaginose que, si ella fuera flaca, sin ricitos y sin pintar, podría ocultar que no era una mujer decente y no le

produciría tanto miedo y vergüenza permanecer ante aquella dama desconocida y misteriosa.

—¿Dónde está mi marido? —siguió la dama—. Aunque me da lo mismo que esté aquí o no. Sin embargo, debo decirle que se ha descubierto un desfalco y que están buscando a Nikolái Petróvich... Lo quieren detener. ¡Y de eso tiene usted la culpa!

La señora se puso en pie y recorrió la pieza, presa de gran agitación. Pasha la miraba sin que el miedo le dejase comprender nada.

—Hoy lo encontrarán y lo detendrán —dijo la señora, que dejó escapar un sollozo en el que se mezclaban el sentimiento ofendido y la cólera—. Yo sé quién le ha empujado hasta tal situación. ¡Ruín, despreciable! ¡Ser repugnante que se vende al primero que llega! —los labios de la señora se desfiguraron en una mueca de desprecio; su nariz se contrajo de asco—. Yo soy impotente... Escúcheme, mujer ruín... Me siento impotente, usted es más fuerte que yo. Pero hay quien saldrá en defensa mía y de mis hijos. ¡Dios lo ve todo! ¡Él es justo! ¡Él le hará a usted pagar cada lágrima mía, cada noche sin sueño! ¡Llegará un tiempo en que se acordará de mí!

De nuevo, se hizo el silencio. La señora recorría la pieza y se retorció las manos. Pasha la miraba perpleja sin comprender y esperaba de ella algo terrible.

—Yo, señora, no sé nada —dijo, por fin, y se echó a llorar.

—¡Miente! —gritó la señora, y la miró colérica—. Lo sé todo. Hace tiempo que la conozco a usted. Este último mes ha venido a verla cada día.

—Sí. ¿Y qué? ¿Qué tiene que ver eso? Yo recibo muchas visitas, pero no obligo a nadie. Cada uno es libre de obrar como le parece.

—Y yo le digo a usted que se ha descubierto un desfalco. Él ha gastado dinero que no era suyo. Por una cualquiera..., como usted, ha cometido un delito. Escúcheme —dijo la señora con voz enérgica, deteniéndose ante Pasha—. Usted no puede tener principios, usted vive para hacer mal, eso es lo que se propone. Pero no se puede pensar que haya caído tan bajo que no le quede un resto de sentimientos humanos. Él tiene esposa, hijos... Si lo condenan y es desterrado, mis hijos y yo moriremos de hambre... Recuérdelo. Sin embargo, hay un medio para salvarnos de la miseria y la vergüenza. Si hoy entrego novecientos rublos, lo dejarán tranquilo. ¡Solo novecientos rublos!

—¿Cuáles novecientos rublos? —preguntó en voz baja Pasha—. Yo..., yo no sé... Yo no he cogido nada...

—Yo no le pido los novecientos rublos... Yo no le pido ese dinero ni necesito el suyo. Yo le pido otra cosa... De ordinario, a las mujeres como usted los hombres les regalan joyas. Devuélvame tan solo las que le dio mi marido.

—Señora, él no me ha regalado ninguna joya —elevó la voz Pasha, que empezaba a comprender.

—¿Dónde, si no, está el dinero? Ha gastado lo suyo, lo mío y lo ajeno... ¿Dónde ha metido todo eso? Escúcheme, se lo ruego. Estaba irritada y he dicho muchas inconveniencias, pero le pido que me perdone. Usted debe de odiarme, lo sé, pero,



Pasha se representó a unos niños pequeños en la calle que lloraban de hambre, y también estalló en sollozos.

si es capaz de sentir compasión, póngase en la situación en que yo me encuentro. Se lo suplico, deme las joyas.

—Hum... —empezó Pasha y se encogió de hombros—. Se las daría con mucho gusto, pero Dios es testigo de que no me regaló nada. Créame. Aunque tiene usted razón —se turbó la cantante—, en cierta ocasión me trajo dos bagatelas. Si las desea, se las entregaré...

Pasha abrió un cajoncito de su tocador y sacó de él una pulsera hueca de oro y un anillito con un rubí.

—Tome usted —dijo, y entregó ambos objetos a la señora.

Esta se puso roja y su rostro tembló. Se sentía ofendida.

—¿Qué me da usted? —dijo—. Yo no pido limosna, sino lo que no le pertenece..., lo que usted, valiéndose de su situación, ha sacado a mi marido..., a ese desgraciado sin voluntad... El jueves, cuando la vi a usted con él, llevaba un broche y unas pulseras de gran valor. No se haga, pues, la inocente. Es la última vez que se lo pido. ¿Me da las joyas, o no?

—No hay quien la comprenda a usted... —dijo Pasha, que empezaba a

enfadarse—. Le aseguro que de su Nikolái Petróvich no he recibido nada más que la pulsera y el anillo que aquí ve. Solo me traía pasteles.

—Pasteles... —sonrió irónica la desconocida—. Los niños no tenían en casa qué comer y aquí traía pasteles. ¿Quiere decir que se niega a devolverme las joyas?

Al no recibir respuesta, la señora se sentó y se quedó pensativa, con la mirada fija en un punto.

“¿Qué podría hacer? —se dijo—. Si no consigo los novecientos rublos, él es hombre perdido y mis hijos y yo nos veremos en la miseria. ¿Mato a esta miserable, o me pongo de rodillas a sus pies?”

Se acercó el pañuelo al rostro y rompió en llanto.

—Se lo ruego —se oía a través de los sollozos—. Usted, que ha arruinado y perdido a mi marido, sálvelo... No tiene compasión de él, pero los niños..., los niños... ¿Qué culpa tienen ellos?

Pasha se representó a unos niños pequeños en la calle que lloraban de hambre, y también estalló en sollozos.

—¿Qué puedo hacer yo, señora? —dijo—. Usted dice que yo soy una perdida



Usted no puede tener principios, usted vive para hacer mal, eso es lo que se propone. Pero no se puede pensar que haya caído tan bajo que no le quede un resto de sentimientos humanos. Él tiene esposa, hijos...

y que he arruinado a Nikolái Petróvich. Pero, ante Dios, le aseguro que no he recibido nada de él... En nuestro coro, solo Motia tiene un amante rico. Las demás nos mantenemos como buenamente se puede. Nikolái Petróvich es un señor culto

y delicado, y yo lo recibía. Nosotras no podemos hacer otra cosa.

—¡Yo le pido las joyas! ¡Deme las joyas! Lloro..., me humillo... ¡Si quiere, me pondré de rodillas! ¡Dígalo!

Pasha, asustada, lanzó un grito. Sentía que aquella señora pálida y hermosa, que se expresaba con nobles frases, como en el teatro, era, en efecto, capaz de ponerse ante ella de rodillas: por orgullo, movida por sus nobles sentimientos, para elevarse a sí misma y humillar a la corista.

—Está bien, le entregaré las joyas —se movió diligente, limpiándose los ojos—, como quiera. Pero no son de Nikolái Petróvich... Me las regalaron otros señores. Pero si así lo desea...

Pasha abrió el cajón superior de la cómoda. Sacó de él un broche de diamantes, una sarta de coral, varios anillos y un brazalete y se lo entregó todo a la dama.

—Tome usted, si lo desea, pero de su marido no he recibido nada. ¡Tome, hágase rica! —siguió Pasha, ofendida por la amenaza de que la dama se iba a poner de rodillas—. Y, si usted es su esposa legítima, ¡mejor haría en tenerlo sujeto! ¡Eso es! Yo no lo llamé. Él mismo vino...

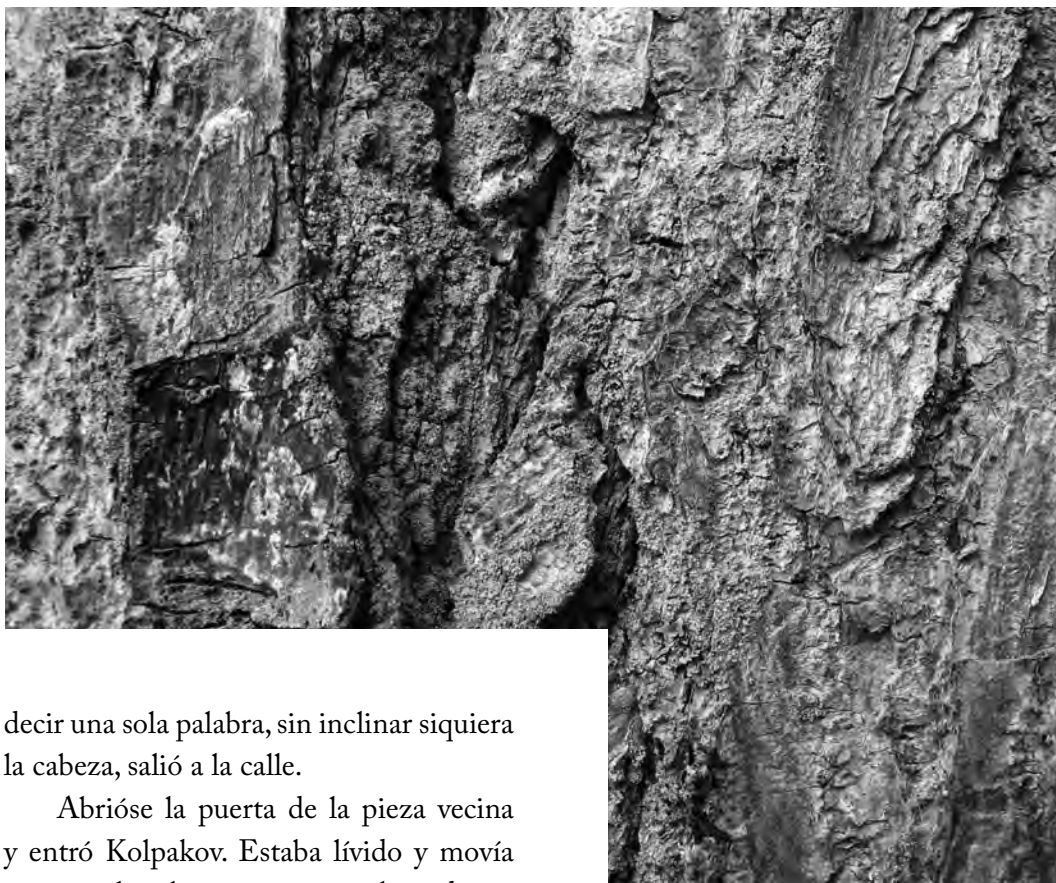
La señora, entre lágrimas, miró los objetos que le ofrecían y dijo:

—Esto no es todo... Aquí no habrá ni por valor de quinientos rublos.

Pasha sacó nerviosamente de la cómoda un reloj de oro, una cigarrera y unos gemelos, y dijo, abriendo los brazos:

—Y ahora no me queda nada en absoluto... Registre si quiere.

La señora suspiró, envolvió con mano temblorosa las joyas en un pañuelito y, sin



decir una sola palabra, sin inclinar siquiera la cabeza, salió a la calle.

Abrióse la puerta de la pieza vecina y entró Kolpakov. Estaba lívido y movía nervioso la cabeza, como si acabase de tomar algo muy agrio. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—¿Qué joyas me ha traído usted? —se arrojó sobre él Pasha—. ¿Cuándo fue eso, dígame?

—Joyas... ¡Qué importancia tienen las joyas! —dijo Kolpakov, y sacudió la cabeza— ¡Dios mío! Ha llorado delante de ti, se ha humillado...

—¡Le pregunto que cuándo me ha traído usted joyas! —gritó Pasha.

—Dios mío, ella, tan decente, orgullosa, pura... Y hasta quería ponerse de rodillas ante... ante esta mujerzuela. ¡Y yo la he llevado hasta ese extremo! ¡Yo lo he permitido! —se llevó las manos a la cabeza, y se lamentó—. No, nunca me lo perdonaré. ¡Jamás! ¡Apártate de mí...,

mala persona! —gritó con asco, haciéndose atrás y alejando de sí a Pasha con sus manos temblorosas—. Quería ponerse de rodillas y... ¿ante quién? ¡Ante ti! ¡Oh, Dios mío!

Se vistió apresuradamente y, tratando de mantenerse alejado de Pasha, con un gesto de repugnancia, se dirigió a la puerta y desapareció.

Pasha se dejó caer en la cama y se desató en sollozos. Sentía ya haberse desprendido de sus joyas, que había entregado en un momento de arrebato, y se creía ofendida sin motivo. Recordó que, tres años antes, un mercader la había golpeado sin razón alguna, y lloró aún más desesperadamente. ■